



SUBScripciones

encontrar	4	ptas.
Semestre	7,50	»
Año	12,80	»

Redacción y Administración:
San Bernardo, 17, 2.º
MADRID

ORGANO OFICIAL DE LA COMUNION CARLISTA

Fundador: Excmo. Sr. Conde de Campo Espina

Por España y por Don Carlos

Sobre las almas, en esta hora aciaga en que vivimos, parece haberse desencadenado un vértigo de locura. La paz, aquella paz deseada por el Divino Salvador a los hombres de buena voluntad, como el más preciado don de la tierra, parece haber huido para siempre de nosotros. No hay individuo, ni pueblo, ni corporación, ni clase social que esté satisfecho de su suerte. Por el contrario, sienten todos un desasosiego, un ansia y una inquietud extrañas, que se traducen en odio y odio feroz contra todo y contra todos. Las conciencias alborotadas, y perdida su normal serenidad razonadora, con la que recogían el eco recóndito de la voz de la verdad, no guían al corazón humano, ni iluminan a la inteligencia, ni moderan los apetitos, ni templan las conductas, ante este desenfreno ambiente de los siete pecados capitales, que corroen a la sociedad en esta carrera de los materialismos a que se han entregado los pueblos envilecidos. Carlos VII, aquel gran Caudillo, que puso su vida al servicio leal y austero de la Causa de España, lo vió con aquella claridad de su inteligencia soberana, que, conociendo las causas y las premisas, seguro de los efectos y de las consecuencias que forzosamente habrían de derivarse de ellas, adivinaba los males del porvenir, visión que le hacía estremecer de dolor su alma de patriota y de monarca cristiano.

Cuarenta años hace, en los días desfallecedores que siguieron a los desastres de Ultramar, declaraba que la ruina de aquella situación política era, tan solo, cuestión de tiempo. «Sostiénese hoy—decía—por un prodigio semejante al que mantiene en pie en Europa al imperio romano. La razón de uno y otra es la misma. Hay muchos enemigos junto a ese cadáver, y todos hacen esfuerzos desesperados para impedir su descomposición, ante el temor de que algún otro competidor más peligroso ocupe su puesto». Y, más adelante, prosiguiendo en el análisis de la realidad política española, añadía: «Yo creo que los republicanos serán los que le den el golpe de gracia, pero no los republicanos reconocidos como tales, sino los mismos falsos monárquicos que hoy son ministros de la Archiduquesa Cristina, los cuales, cuando vean acercarse la revolución, se apresurarán a arrojar esa Monarquía como un lastre que resulta inútil. Pero intimidados de una parte por los republicanos de la antigua escuela, y abandonados de otra por los conservadores de buena fe, no conseguirán ponerse de acuerdo, y de ahí nacerá una anarquía, en la cual el único faro de salvación será la Comunión Carlista.»

Así sucedió, en efecto, y así está sucediendo en la actualidad. Advino una República que no trajeron los republicanos. Ocuparon los altos puestos del Estado antiguos ministros de la Monarquía Constitucional y revolucionaria; y, surgida la pugna entre éstos—abandonados por las clases conservadoras atemorizadas—y los republicanos de la antigua escuela, empujados éstos, a su vez, por las insolencias marxistas y por los desbordamientos del populacho, en que se apoyaron para triunfar.

Nadie pretenda disfrazar la realidad para engañar a su propio miedo. Entréguese al llanto los que no sirvan para otra cosa. Sigán entretenidos en el empleo de las cataplasmas los que, a fuerza de transigencias, componendas, tácticas, malminorismos y armas al hombre, disimulos de la impotencia, de la ambición o de la falta de fe, no son capaces de reaccionar virilmente, ni se sienten con alientos para luchar en campo descubierto. Pero el español digno de este nombre pensará seguramente, y sin remedio, en que tiene que luchar y alistarse en las filas adonde le llaman el amor a la Patria, y su fe cristiana, y, con ambas, el sentido tradicionalista de la conciencia nacional, junto con la esperanza en los destinos de España.

Nosotros, que jamás hemos abatido nuestras banderas, ni aun en los momentos de mayor adversidad, hemos tomado nuestro camino y nos hemos abrazado a nuestra cruz. Es ésta la dorada ilusión del carlista antañón, que ama el sacrificio y desprecia hasta la muerte, porque sabe que detrás de la una y del otro está la gloria, y que sólo de esa manera, a fuerza de abnegaciones, de sacrificios y de heroicidades, es como las Patrias que se han hundido en el Guadalete de la irreligiosidad y del materialismo, se redimen y se salvan. Quienes no tiemblan ante los aullidos de la fiera revolucionaria, quienes amen y quienes crean, que nos sigan. Amor y fe son las grandes fuerzas regeneradoras y purificadoras. Tremolamos una bandera inmaculada: la de las reivindicaciones religiosas, patrióticas y monárquicas del Carlismo. Una bandera ennoblecida por los sacrificios de millares de mártires que se inmolaron por servirla; que ondeó al aire de las batallas; que cobijó a muchedumbre de hombres honrados que murieron con una oración en los labios y ardiente en el corazón.

Seguimos, además, a un Caudillo ilustre y valeroso. La sangre de Carlos VII, el de Lúcar y Somorrostro, de aquel que escribió aquel memorable testamento político que pasó a la historia como modelo y por el cual habló a sus leales, los españoles por excelencia, un corazón

nobilísimo y una inteligencia soberana, no se ha extinguido, y otro Carlos, como aquél, viva imagen de los Caudillos medioevales, que hicieron las Cruzadas y crearon la Caballería y la hidalguía, nos alienta, nos conforta y nos dirige en estos combates. También él saboreó la adversidad. También él ofreció su pecho hidalgo a las balas marxistas, batiéndose como un valiente y como un viejo español ante las milicias socialistas de Viena. El primero entre los primeros; que no sabe de huir, sino de vencer o de sucumbir. Firme en la fe, sereno ante el peligro, entusiasta por el ideal, que ni claudica ni se tuerce, puede repetir y repite aquellas palabras del lema de su familia: «*En mi programa no hay sitio para el miedo*».

Sólo así. Unidos y compactos, con una misma fe y unos mismos ideales, los del tradicionalismo español, católico y monárquico, obedientes a la voz del Príncipe, que bien merece acaudillar a una legión de héroes, puestos los ojos en el bien de la Patria, y el pensamiento en la reintegración de la España tradicional, con sus creencias, con sus instituciones sociales y políticas, con su espíritu y su fe milenarias, podremos salvar a la Patria y redimir al país, para volver a ser el defensor de la civilización, portaestandarte de toda causa noble, baluarte de la Cristiandad y valladar contra el cual se estrellen, como en otros tiempos, los ataques de los nuevos bárbaros, que amenazan, hoy, con arrasar a Europa, materializada.

Por esto y para esto se publica LA FE. Este es nuestro programa y nuestra aspiración firmísima, en cuya consecución no vacilaremos. Y así, como un airón, y como un lema de nuestro escudo, decimos con todas las veras de nuestro corazón y con todas las ansias de nuestra alma: ¡*Por España y por D. Carlos VIII!*

LA REDACCION

Carnet de un gremialista

La fiesta del trabajador

Nadie tan conforme como nosotros que los hombres dedicados al trabajo disfruten de su día de fiesta. No es nueva la costumbre. Quien haya tenido interés y voluntad de conocer el proceso del desenvolvimiento de las clases productoras a través de los tiempos, con la documentación recopilada puede forjarse una idea que contrastará el absurdo del momento obrerista.

La fiesta del trabajo no es, ni mucho menos, como algunos suponen, una conquista societaria de las organizaciones proletarias del marxismo. Estas no han ofrecido aún ninguna idea genial, ningún pensamiento nuevo de los de orden de superación obrerista. Machacan lo trillado, lo estatuido y vivido en épocas tradicionales, pero sin sumisión de reata en los laboriosos predios ciudadanos, cuando la democracia cumplía su sentido, su cometido en valiosa efectividad, cuando el pueblo trabajador cooperaba conscientemente en la magna obra de una positiva civilización española. Así nos lo dice ese cúmulo de elementos constructivos de la valoración nacional, en las artes, en las industrias, en las ciencias, en el fervor por la castidad de clase, en el capítulo copioso de las inventivas; en esas épocas en que el protestante del sistema social se reclusa en los medios situados al margen de lo honorable, en lo oscuro y sinuoso, en holganza vituperable. La fiesta del trabajo, con fisonomía ordenada, data desde los remotos tiempos del siglo XI, en que ya se conocían los sistemas organizados de estimular las industrias, de ponerlas a salvo de las turbulencias políticas, de vulgarizar la estimación de las artes y, lejos de constreñir su progreso, desarrollar los medios de defensa económica, que tuvieron siempre carácter eminentemente popular. Claro está que me refiero a la exis-

tencia de las organizaciones gremiales y de los Cuerpos de Artesanos, a quienes es debido, además, el buen nombre de las instituciones políticas de sus tiempos.

De estos organismos democráticos nació el día del trabajador, la fiesta fraternal del trabajo; la de cada gremio en su día, sin perjudicar, ni en el fondo ni en la superficie, los modos humanos del vivir social. Así, fué cundiendo esa sana costumbre a través de los siglos, hasta el XVIII, en que la influencia de las organizaciones estatales del liberalismo filosófico dieron al traste con las gremiales. Aún siguieron, en fuerza de las costumbres practicadas, esas mismas celebraciones en el seno de sociedades artesanas, subsistentes sobre el caos obrerista actual.

Las fiestas que en su día celebraban los gremios y los cuerpos ya citados, puede suponerse el lector que sólo han servido, en relación con el presente primero de mayo, de iniciativa a la actual fiesta, si así puede llamarse a lo que ocasiona un colapso nacional. Porque aquéllas eran expresión de la fraternidad en que convivían constantemente, sin que se establecieran distinciones entre las categorías del factor humano en la producción, en tanto la que conocen nuestros días, de actitudes amenazantes, de gritos hirientes y ofensivos, de expresiones de ira, más parece apropiada a conmemorar una fecha de desesperación que a la holgura y a la expansión nacional y humana. ¿Podrá animar en esa fiesta un hábito fraternal, cuando la mente recuerda a los hermanos de trabajo sacrificados con la metralla unos, otros perseguidos o reducidos al hambre por los odios sindicales? ¿Cuándo se condena a la ciudad al inurbanismo? Cuando el Congreso Internacional de París, en 1889, concibió la revolución de proclamar el primero de mayo como día del

“Es un hecho positivo e innegable que el liberalismo en España no se ha sostenido ni sostiene sino por la fuerza. La fuerza material, digámoslo así, le dió el sér, y la fuerza material se lo conserva. El carácter marcado de toda esta época liberal, ha sido la dictadura bajo este o el otro General, dictadura que no ha concluido aún ni puede concluir, porque el liberalismo, en último resultado, es la anarquía o la dictadura.”

Carlos VII

Comentarios a la semana

La memorable fecha del 2 de Mayo, ha tenido, desde el 1808, un relieve de ejemplaridad excepcional, que culminó en el 33 y en el 73 del mismo siglo. La historia de España, en sus áureas páginas, tiene calendadas las gestas gloriosas de exaltación de los arraigados amores a las patrias tradiciones, que el sufrido pueblo español manifiesta con gallardía en cada época y, aún, en cada momento en que las mayores agitaciones se producen atentando contra lo intangible de su vida. En el siglo que dejamos atrás, en pos del cual permanece una estela de tristes recuerdos y arrumbada la nación bajo el signo de exóticas influencias y, como consecuencia fatal, la amenaza de tempestades cernidas que, al desencadenarse, conmoverán hasta los cimientos de nuestra sociedad, el tradicionalismo español remarcó con trazo firme, al paso de su bandera, el guión excelente de la vida presente y futura de España, y nos legó ese ejemplo vivo de cuanto el patriotismo, en verdaderas funciones, es capaz de lograr.

Hoy mismo, para muchos, el Mayo de 1808 no pierde actualidad. La «francesada», no puede considerarse como un mero episodio histórico que pasó enhorabuena. La «francesada», tuvo después otro mote y lleva aplicado hoy otro concepto. La palabra que la sustituye, ha de ser, en todo tiempo, sinónima de extranjerización, de invasión de lo extraño, de sumisión humillante a las influencias de bárbaros. Con ello, no se librarían de gravísimo detrimento las esencias nacionales, a no ser que a su aparición, y contra su acción, no se opusieran el espíritu y el sentido del 2 de Mayo, el contenido patriótico que puede volcarse, con el mismo afán de exaltación española, de España, por España.

Los carlistas, conmemoramos triplemente la fiesta nacional. Las tres guerras civiles, fueron otras tantas manifestaciones esporádicas de patriotismo, contra la invasión pertinaz de lo antiespañol; una sucesión de aquel 2 de Mayo de la Historia; y todas ellas, una repulsa del liberalismo político, que tendía a infiltrarse en el casticismo español para falsearlo, fundiéndolo en los moldes racionalistas de la escuela extranjera, imponiéndose por la fuerza en nombre de la libertad.

La época que vivimos, plena de incertidumbres, coronada de interrogantes pavorosos, sin estabilidad religiosa, sin equilibrio económico, sin seguridades políticas, sin paz social, presencia con cierto eclecticismo, al parecer, idénticas maniobras a las que antaño pusieran en juego, preparando la invasión francesa, en quienes sienten preferencias por lo extraño. Pues bien; cuando los tintes rojos, que se están elaborando con tanta diligencia, vayan a ser aplicados a la faz de España, para afearla y desnaturalizarla; cuando los modernos invasores pretendan hollar con su planta el honor patrio, deben no olvidar que la historia de los pueblos puede repetirse, pero no sólo en su fase adversa, sobre todo cuando en ellos, como en España, siguen conmemorándose en la mente y el corazón, especialmente, de cada patriota, unas fechas como las que hoy estampamos en este comentario al vuelo; porque el 2 de Mayo puede hallar eco fácil, como en el 33, como en el 60, como en el 73... en ese momento, que nadie desea que llegue, a no ser quienes expresan ese afán de sangre y exterminio en sus proyectos, que puede reproducir el fenómeno natural de la patriótica protesta.

No en vano, el mayo histórico, tiene su significación de haz nacional, de unidad patriótica, en sentimientos y en heroicas realidades, que el español ni olvida ni reniega. Es el timbre de su blasón, esa distinción, que le aferra a su castizo destino tradicional. Por eso repele las sugerencias bárbaras, las intromisiones extrañas y repugna y rechazará cuanto fuerce a la vida nacional hacia un regionalismo universalista de tipo oriental.

Ante los extranjerizantes, oponemos el nacionalismo castizo, con las esencias tradicionales de la patria, que la crearon y la dieron personalidad, tal y como propugna el carlismo, que es la solera de España.

3 mayo de 1936.

SOLÍS.

proletario universal, el anarquismo se frotó de manos. Se trataba de conmemorar la fecha de una huelga fragorosa de los Estados Unidos, que produjo cinco destacados delincuentes, a los que las leyes aplicaron la pena capital. Tiene, pues, en su origen este día un sentido de protesta contra las ejecuciones de los cinco anarquistas, y una manifestación de hostilidad a los poderes mismos. Siempre lo conocimos así. El primero de mayo que acabamos de presenciar ha carecido de matices de afinidad al Estado. Por el contrario, las particularidades todas de la misma manifestación no correspondieron sino, exclusivamente, a la táctica marxista.

A medida que el tiempo distancia la fecha del triunfo electoral, notamos reducirse el entusiasmo primero, en un enfriamiento, con relación a los Poderes, que profundiza la masa proletaria, la cual acabará por rebasar el punto crítico de su contenida impaciencia, produciendo el resquebrajamiento crepitante.

La lenidad no es agradecida. A su amparo se procura el ensayo de una esperada representación so-

cial. En España, donde ya el día conmemorado del proletario universal tiene carácter de fiesta oficial, no es comprensible este caso, excepcional en el mundo, que se le dé una extensión indebida, con quebranto de numerosas industrias y comercios, con perjuicio para las grandes urbes, con carga al decoro de las mismas que, como Madrid, han de ofrecer el desolador espectáculo de la tristeza y de la muerte, en satisfacción de un sector mínimo, que halla su regocijo en hacer pesar tamañas molestias.

Si los directores de la «táctica» marxista entienden que el concepto de libertad no puede consistir sino en lograr que los Poderes públicos permanezcan lo menos gobernadores que pueda ser, en tanto que el pueblo sea lo más gobernado posible, a capricho del sector que dirigen, entonces, mientras haya Gobierno que lo consienta, los primeros de mayo que sucedan seguirán pareciéndose, en lo que a la capital de la República atañe, a un desierto de sensiblerías de civilización y a una jerga de siluetas primitivas.

4 de mayo de 1936.

VILLABERRY

Leed y propagad LA FE

SECCIÓN OFICIAL

Directorio Nacional Carlista

Se nos comunica de la Secretaría del *Directorio Nacional Carlista*, que habiendo sido recibidas del «Núcleo de la Lealtad» de Vitoria las propuestas de designación para Jefes Provincial y Local del mismo en aquella provincia, se han dado curso a los oficios correspondientes a dichos nombramientos, recayendo la Jefatura provincial de Alava en don Fermín González Herrero, y designando para la Jefatura local a don Donato Araujo.

Leed y propagad

LA FE

Alerta, carlistas

Por decir la verdad, limpia de finas modalidades, la verdad que todos, todos los carlistas de Navarra, Vascongadas, Valencia, Aragón, Castilla, Andalucía, Galicia, Asturias etc., sienten en el corazón, se nos denigra, se nos insulta, se nos expulsa para hacernos callar; pero como no pasamos por traiciones, más o menos veladas, por envidias y acciones insidiosas, por eso decimos al pan pan y al vino vino, pues algunos tienen los nervios bromorizados, y otros los tenemos electrizados y en constante movimiento.

Por poner el dedo en la llaga antes de tiempo, al último documento de Don Alfonso Carlos, se rasgaron las vestiduras los alguno que otro cydisuroei-rs-da trodis y alguno que otro cruzadista, y el tal documento nos dió la razón de plano. Léase si no el mismo del «Cruzado» y el «Guerillero» que se expresan exactamente igual que nosotros, pero con finas palabras, y nosotros nos manifestamos con la rudeza de verdaderos carlistas.

Ya llegó el tiempo, como dijo Fal Conde, de que sea Don Juan, el heredero y, como dijo don Lorenzo Sáenz en febrero 14, en un documento donde hablaba del *primer traidor*, que ya se ha manifestado en el nombramiento de Regente.

Remachó el clavo el Jefe, ya lo sabéis, no fuimos nosotros solos.

También se acerca el tiempo de lo que se escribió el 25 de julio y es, como sigue:

¡Alerta, Carlistas! «Ah, pero quedan nuestros amigos los bloquistas del 10 de agosto; que cada día estrechan más sus vínculos de unión; aunque las masas inquietas reclamen...»

La disciplina equivale al opio o a la morfina, espirituales y no hay temor alguno a la desobediencia. El Bloque de Goicoechea, Calvo y Lamamié, de Paúl y Albifana, de Pradera y de Valledano, de Rodezno y de Delgado Barreto es una esperanza bien el definitivo fracaso de las «quizá la última, y quizá tamtorpes maquinaciones de estos pseudo regeneradores del país, que piensan en restaurar la Monarquía que se fué, a costa de los tradicionalistas disciplinados.

De sus planes inmediatos y de sus ilusiones sabemos mucho.

Consideraciones poderosas nos obligan a callar «pero una obligación que no es lícito dejar de cumplir, exige que, como en 1932, gritemos hoy (más que ayer) con toda la fuerza de nuestros pulmones:

¡Alerta, Carlistas! Duro con los transaccionistas.

BETOÑO.

Una estadística de accidentes del trabajo del mes de marzo

El Instituto Nacional de Previsión facilitó la siguiente nota de estadística:

«En el mes de marzo último fueron comunicados a la Caja Nacional de Seguro de Accidentes del Trabajo 135 accidentes, de los cuales 67 de muerte y 68 de incapacidades permanentes.

Desde el punto de vista del seguro, de los 135 patronos responsables 20 estaban asegurados en la Caja Nacional, 57 en Compañías de Seguros, 53 en Mutualidades y cinco no estaban asegurados.

En el mismo período han sido resueltos 135 expedientes, de los cuales 63 de muerte, 45 de incapacidad permanente parcial, 20 de incapacidad permanente total y siete de incapacidad permanente absoluta.

Los promedios de coste desde 1.º de abril de 1933 son: pesetas 14.943,64 en muerte. Pesetas 11.100,65 en incapacidad permanente parcial, 17.508,99 pesetas en incapacidad permanente total y 24.736,23 pesetas en incapacidad permanente absoluta.

El número de nuevos pensionistas es de 224.

Durante el mismo período, el mayor coste de renta de incapacidad ha sido de 145.762,95 pesetas, y el menor de 2.505,23 pesetas. Entre los costes de rentas a favor de derechohabientes de obreros fallecidos, el mayor ha sido de 40.551,24 pesetas y el menor de 2.042,20 pesetas.»

Calendario carlista

MAYO

- 1.—Victoria de Manlleu (1839)
- 2.—Carlos VII entra en España por Vera (1872).
- 3.—Toma de San Mateo (año 1837).
- 4.—Nace en Llagostera el político carlista señor Vidal de Llobatera (1840).
- 5.—Vázquez se lanza el campo cerca de Ciudad Real (1872).
- 6.—Combate en la línea de San Sebastián (1837).
- 7.—Victoria de Miravalles (año 1872).
- 8.—Acción de la Cuadra.
- 9.—Acción desgraciada de Cati.
- 10.—El Conde de Alcudia entrega a Carlos V ocho millones de reales, producto de empréstitos en el extranjero (1835).
- 11.—Batalla del Treviño.
- 12.—Acción de Erro (1834).
- 13.—Acción de Araca (1839).
- 14.—Acción de Caseras (1835).



Boletín de suscripción

D. _____
domiciliado en _____ calle _____
n.º _____ provincia de _____
se suscribe a este semanario por _____ año _____
El importe de (1) _____ pesetas lo envió por _____
En _____ a _____ de _____
de 193 _____

(1) Año, 12,80; Semestre, 7,50; Trimestre, 4 pesetas.

Defensora del obrero

La Iglesia siempre ha sido la defensora de los obreros.

Es falso que la Iglesia favorece a los ricos.

La Iglesia reclama el justo reparto. Por ley de justicia social no puede una clase excluir a otra de la participación de los bienes útiles.

Y si es violada esta ley por la clase rica, cuando, mostrándose olvidadiza en la abundancia de sus bienes estima natural aquel orden de cosas que redunde en su favor y nada en favor del obrero, ciertamente no es menos violada por la clase proletaria cuando, acuciada por la indolencia de la justicia, exige todo para sí, como producto de sus manos y combate y quiere abolir la propiedad y las rentas adquiridas por el trabajo.

Se debe, pues, atribuir a cada uno su parte de bienes, y es necesario procurar que la distribución de los bienes creados (que todos ven en estos momentos es origen de incomodidad por el gran desequilibrio entre los pocos excesivamente ricos y los innumerables pobres) vuelva a la conformidad con las normas del bien común y de la justicia social.

Gemidos de los obreros.

«Esto debe afirmarse tanto más intensamente y repetir con tanta insistencia cuanto que no raras veces las prescripciones tan saludables de la Iglesia fueron olvidadas, bien porque fueron olímpicas pasadas por alto, en silencio, bien porque se juzgó imposible el cumplirlas, siendo así que se pueden y se deben cumplir, después que penetraron y se difundieron con tanta rapidez las artes mecánicas y las industrias ha crecido desmesuradamente la multitud del proletariado necesitado y sus gemidos llegan al Cielo desde la Tierra, añádase a esto una ínfima condición de vida en el numeroso ejército de los braceros del campo y privados de toda esperanza de obtener jamás alguna porción de tierra, y por lo tanto sometidos proletarios, si no se adoptan los para siempre a la condición de remedios convenientes y eficaces.

CAR

NAVARRA
adherida al
NÚCLEO DE LA LEALTAD
ofrece pensión completa en Madrid.
Informarán en el
Centro Carlista
San Bernardo, 17, 2.º

Cartas a LA FE

Rey serás si ficiere derecho...

El porqué fué proclamado D. Alfonso Carlos

"El hombre que se necesita"

Don J. M.—Logroño.—«Tiene usted sobrada razón cuando dice que es una pena, y muy grande, que cuando tanto tenemos que combatir con nuestros enemigos, que lo son nuestros por serlo de Dios y de la Patria, y en momentos tan críticos como los presentes, nos enredemos en enconada pelea, unos contra otros, los que hasta ayer éramos hermanos muy queridos». Tanto suscribimos estas sus palabras, que estamos convencidos de que no se han dado cuenta de separar de una organización, dividiéndola, a aquellos que, más sinceros y más conscientes de la gravedad de las circunstancias presentes, que no admiten esperanzas dilación, atemperan sus conductas, públicamente, a lo que en privado creen y dicen todos? Son cinco años perdidos para la Causa, y para España. Cinco años que lleva al frente de la Comunidad el señor Duque de San Jaime, el del «amado sobrino Alfonso»; el que hizo escribir a un Príncipe de Parma—D. Renato—aquella carta en francés que dió a la publicidad D. Fernando Contreras, con gran regocijo de todos los alfonzistas, que con ello creían asestar un duro golpe a la *disidencia* Cruzadista; el que no se ha atrevido ni se atreverá jamás a declarar, o, mejor dicho, a reconocer la exclusión de la rama usurpadora de los hijos y de los nietos de *Cristina*; el que en la entrevista de Bayona del 10 de marzo de 1933 se atrevió a afirmar —¿qué sabe él de estas cosas de España?—que no existían leyes que excluyesen de la sucesión en la Monarquía Tradicional a los usurpadores; el que mantiene a su lado como sus hombres de confianza a los... que entregaron, infamemente, a la Policía española, a valientes y leales Requetés... Por eso, en estos cinco años, el Tradicionalismo, de constituir una reserva para la Causa de la Iglesia Católica y una fundadísima esperanza para la Patria, ha pasado a dejar de juzgar el papel a que estaba llamado en estos calamitosos tiempos, por su historia, por sus principios salvadores, por la reciedumbre de sus lealtades, por el entusiasmo y bravura de sus voluntarios... ¿Quién piensa ya, en estos días, en el Tradicionalismo? ¿No se advierte en todas partes un desplazamiento de sus, antes entusiastas y vigorosas, juventudes, desencantadas hoy, a otras organizaciones políticas, nacionalistas o fascistas? ¿No nos está haciendo todo que el Tradicionalismo muere, y muere por culpa de los jefes, ineptos y cobardes unos, y traidores otros, y por culpa del mismísimo Caudillo, que está representando un papel igual al que jugó su desgraciado padre, Don Juan de Borbón?

Esto no puede seguir así ni una hora más.

No es posible que los hombres que permanecen en la postura singularísima de El Cruzado Español no se hayan dado cuenta de que su actitud sólo puede mantenerse durante un breve espacio de tiempo:

el necesario para hacer reaccionar al Caudillo, si de enmienda fuera susceptible; pero que, una vez conocida su contumacia en el error, persistir en los equilibrios de El Cruzado es nada menos que el suicidio como causa política. España no puede esperar más, y los carlistas no podemos resignarnos a la inacción hasta que el Caudillo muera. Dios es lo primero de nuestro programa: la Patria, lo segundo; y lo último es el Rey, porque el Rey no es más que el primer servidor de la Causa y de la Patria, y cuando no es esto, entonces o es un tirano o un usurpador; es decir, entonces no es Rey. *Reveris si recta facies, et si nom, nom.*

Carecen de sensibilidad política los actuales rectores de El Cruzado Español si creen que su postura puede mantener en cohesión a los leales, un año y otro año, en estos tan angustiosos para la Patria y para la Causa de la civilización cristiana. ¡Esta, que era nuestra hora, la hora del Tradicionalismo, están dejándola pasar todos, entre las cobardías y las prudencias de los unos y las ineptitudes y traiciones de los otros! Usted lo habrá de comprender, seguramente, dado su buen criterio y su fe carlista.

¿Por qué, entonces, esa extraña actitud de El Cruzado Español al entregarse al personalismo hiriente, y esas campañas a que se viene dedicando contra los hombres de la Fe? Estamos seguros de que padecen una ofuscación, que han sido víctimas de un engaño y de una lamentable intriga. No tardarán en convencerse de ello, y entonces volverán a abrirnos los brazos para estrecharse contra nuestro corazón, como hermanos.»

Don L. U.—Andalucía.—«¿Cómo se atreve un rebelde a pedir sumisión y disciplina? «Si es cierto, que no dudo lo será, lo que afirma el señor Marqués de Bosque Florido, D. Alfonso Carlos no debió ser proclamado nuestro Rey, ya que, si no traidor, fué, al menos, rebelde a su hermano y Rey, y por tanto, merecedor de que los carlistas de 1931 hubieran hecho con él lo que los de 1868 hicieron con su padre.»

Exacto, nuestro querido e ilustre correligionario. Pero ¿sabe usted por qué fué proclamado? Pues por la sencillísima razón de que así convenía a los planes de «su muy amado sobrino Alfonso». Era muy fuerte que, de golpe y porrazo, los jaimistas aclamasen a su mortal enemigo, Alfonso, «el de los tristes destinos». Hacía falta una labor de preparación, que nadie mejor que D. Alfonso Carlos, bien asesorado y asistido por los integristas y por otros elementos que en seguida se encargaron de dirigirnos, porque «el Carlismo tenía masas, pero carecía de jefes», podía llevar a cabo. La labor ya está hecha, y la suerte rematada. Pilatos redivivo no lo hubiera hecho mejor. Mas con lo que no contaron fué con que, cuando se consumase la traición y el deshonra, ya no les iban a quedar ni masas, ni *hombres*. Tiempo y trabajo perdidos, pues, los de la conjuración jainista.

Don M. C.—La Coruña.—Muy lamentable lo que sucede; pero, a grandes males, grandes remedios. Como usted dice con harto sentido, «hace ya muchísimo tiempo que debiéramos haber mandado a

paseo a D. Alfonso Carlos». Ha habido, desde luego, falta de decisión y exceso de prudencia en los rectores del Núcleo de la Lealtad. No responden, con toda su buena voluntad, a lo que las circunstancias demandan. Por ser como son, unas buenas personas y excelentes carlistas, pero demasiado tímidos, dejaron pasar los días de D. Jaime sin hacer caso a lo que demandaban los jóvenes —recuerde usted la conferencia alocucionadora de Paulo Bondía en el Círculo de Madrid—, que exigían, más conscientes de la realidad y del porvenir, solución, y solución acertada, al problema sucesorio. Y así dieron lugar a que, sorprendiéndoles los acontecimientos, que no esperaban, del cambio de régimen y de la muerte de Don Jaime, no supieran hacer frente a las gravísimas dificultades aquellas, y hubieran preferido ocultarse y retirarse, entregándose los mejores a una protesta que está resultando ineficaz, de la cual debieron haber sacado desde el primer momento las debidas y necesarias consecuencias. Como las sacaron los jóvenes carlistas de muchas localidades, pidieron a la Asamblea de Zaragoza una radical determinación contra D. Alfonso Carlos.

Mal camino es el de los enfemismos y el de las timideces. ¡En cambio, *Audaces fortuna juvat!*

«Un entusiasta de Radica».—*Bilbao*.—La semilla que hemos echado al surco fructifica prodigiosamente. Gentes que nunca han sido carlistas nos preguntan con gran afán por D. Carlos, de quien oyen hablar como una esperanza de regeneración española. Por otra parte, en las juventudes tradicionalistas el nombre del Archiduque despierta generales entusiasmos. La de Madrid, a pesar de la confusa mezcla que hubo de albergar algún día en sus filas, y a pesar de estar sometida a influencias notoriamente alfonzinas (de gran parte de sus directores), se está dedicando con ardor a la propaganda de D. Carlos, habiendo editado una colección de fototipos y sellos con su retrato, que están siendo muy solicitados.

Claro está que la escasez de recursos no nos ha permitido, hasta ahora, llevar a cabo la campaña de propaganda con la intensidad que las circunstancias requieren. Mas, aun con eso, estamos satisfechos de los resultados obtenidos. El porvenir es de Carlos VIII, y estamos seguros de que las Juventudes de Acción Popular acabarán por ser fervorosas carlistas, así como un gran número de afiliados a Falange: todos aquellos que sientan arder en sus venas el entusiasmo católico y patriota.

No tema usted a que las coacciones de la camarilla cortesana logren algún efecto sobre el Archiduque. Por el contrario, eso es por completo contraproducente. Carlos VIII tiene una voluntad firme e inquebrantable, y está dotado de unas energías y de una fe en los destinos de la Causa y de un afán del cumplimiento de su deber familiar y carlista, que hace pensar que, en estos aspectos, llega a superar a su ilustre abuelo, así como lo iguala en otros muchos. Tenemos pruebas de esa firmeza; mas no podemos, por hoy, decir más.

Es, como de Carlos VII dijo un día el gran Aparisi Guijarro, *el hombre que se necesita*.

DOCTRINA ASTURIANA

Aprobada por la Junta Regionalista del Principado en 1918

En la que colaboramos preponderantemente los carlistas

I

LA PATRIA

Pregunta.—¿Cuál es el deber político más fundamental?

Respuesta.—Amar a la Patria.

P.—¿Cuál es la Patria de los asturianos?

R.—Asturias y por extensión España, que es la continuación histórico-geográfica y política del Estado Asturiano, al cual debe el ser.

P.—¿Entonces Asturias fue un Estado?

R.—Cuando encarnó la personalidad total de la Nación española, fue un Estado soberano en absoluto; más tarde por la omni-modos libertad e independencia, facultades y atribuciones de que gozó, vino a ser un Estado dentro del otro superior.

II

ASTURIAS

P.—¿Cómo ha de comprenderse hoy lo que es Asturias?

R.—Como una región habitada por la larga cadena de generaciones unidas por la comunidad de aspectos, historia, tradiciones, dialecto, topografía del territorio, condiciones de raza, costumbres, hábitos, etcétera, que nos distinguen del resto de los españoles.

P.—¿Qué particularidad ofrecen sus límites geográficos?

R.—La de ser la región que tiene sus fronteras naturales mejor definidas, pues limita al N. con el mar Cantábrico; al S., con la cordillera que nos separa de León; al E., con la antigua Cantabria de la que la separa el río Deva, y al O., con Galicia, formando la línea divisoria el río Eo.

P.—¿Cuál es la bandera de Asturias?

R.—Es de color azul; trae pintada la Cruz de la Victoria con letras griegas *alpha* y *omega* (principio y fin), y los lemas *In hoc signo vincitur*, *In hoc signo tur pius*, cuyas características son también las propias del escudo asturiano.

P.—¿Qué representa esta bandera?

R.—Todo lo más grande y santo de la Región: vida, hogar,

historia, tradiciones, intereses y esperanzas.

P.—¿Debe ser por lo mismo honrada y respetada?

R.—Sin duda: debiera rendirse homenaje y ser ostentada en los edificios públicos en todas las solemnidades de este carácter, y principalmente, en las de significación regional.

III

LENGUA REGIONAL

El bable.

P.—¿El bable es idioma o dialecto?

R.—Dialecto; pero tiene gran importancia, siendo en su origen más antiguo que el idioma impropiamente llamado castellano; está dotado de raíces de lengua céltica y contiene vocablos tan expresivos que en el idioma español no existen en ocasiones palabras que con igual fidelidad expresen ciertas ideas.

P.—¿Pudo el bable haber llegado a ser una lengua?

R.—Indudablemente, si se le hubiera cultivado con medios apropiados para hacer de él un lenguaje literario; pero circunstancias históricas y políticas hicieron que fuese abandonado para tales fines, quedando por ello oscurecido y relegado a lugar secundario, lo cual no obsta para que aún pueda ostentar la riqueza y sonoridad de su léxico, y no debemos los asturianos dejar que se extinga.

P.—¿Podría citarse algún ejemplo?

R.—Sí; lo que sucede con el gallego y el portugués, que son casi análogos; este último por haber llegado a ser lengua oficial de un Estado independiente, llegó a convertirse en idioma; pero el gallego, que no gozó de tal posición favorable, no pasó de dialecto. A uno se le cultivó y al otro no; de ahí la diferencia entre ellos, que, realmente, solo en eso estriba. Por lo mismo el bable, cultivado, hubiera podido hallarse en las mismas condiciones, y aún llegar a ser una lengua perfecta.

P.—¿Qué medios serían los más adecuados para conseguir este perfeccionamiento del bable?

R.—Uno de los más prácticos sería la creación de una Academia, idea que ya insinuó Jovellanos y expuso después más concretamente Laverde y Ruiz, con las bases de su organización, funcionamiento, número de académicos (24), etc., etc.

P.—¿Qué otras cosas podrían hacerse para fomentar y depurar el bable?

R.—Establecer concursos y certámenes literarios, ofreciendo premios a los mejores trabajos sobre el asunto, a las traducciones de obras clásicas, etc., funciones éstas las más propias del carácter de la Academia.

P.—¿Qué es lo que principalmente caracteriza al bable?

R.—La dulzura, la sonoridad, la concisión y la mayor facilidad en la expresión de ciertas ideas que el castellano usual, pues existen en bable ciertas palabras que aquél no tiene para expresar algunas ideas con igual rapidez, v. gr., *antainar* (andar de prisa), *xorocear* (llover, nevar, granizar y ventear, todo junto); *metanos* (allí mismo), *vorogar* (mover muy despacio), etc., etc.

P.—¿Qué circunstancia demuestra la importancia del bable?

R.—La preferente atención que le dedican los sabios filólogos y lingüistas extranjeros como el ilustre Muthé, catedrático de la Universidad de Upsala (Noruega), que vino a Asturias con el objeto de estudiarlo sobre el terreno, publicando al regresar a su país un erudito y concienzudo libro *Sobre el dialecto de una comarca de Occidente de Asturias* (Upsala 1887), profundo y cinético trabajo de filología.

P.—¿Se acomoda bien el bable a todos los estilos y modalidades literarias?

R.—Desde luego. Basta para probarlo el hecho de que, aparte de los escritos originales de reconocido mérito que en él existen hay también traducciones diversas que no desmerecen de aquellas como la del Evangelio de San Mateo, edictada en Londres, las de algunas odas de ciertos clásicos latinos, como Horacio y las versiones igualmente estimables de diferentes poesías

castellanas y catalanas, que en nuestro dialecto conservan el mismo vigor y la misma fuerza expresiva que en los modelos.

P.—¿Qué demuestra todo esto?

R.—La falsedad de la gratuita afirmación hecha por algunos, que, conociendo el bable solo de un modo superficial, creen que nuestro dialecto únicamente se presta para escribir en estilo jocoso.

P.—¿Existe algún vocabulario completo del bable?

R.—Hay varios trabajos meritorios, aunque incompletos y desperdigados; Jovellanos ya insinuó la idea de la necesidad de componer un Diccionario. Laverde, Ruiz y también Caveda hicieron bastante en sus estudios léxico-gráficos, y por último Rato publicó un Diccionario, que aunque deficiente es una buena base para una obra más completa. Preciso es, por tanto, que los amantes de Asturias presten la debida atención a reanudar, continuar y alentar estos trabajos para evitar que el bable llegue a extinguirse.

P.—En vista de esto, ¿podemos los asturianos hablar el castellano, sin desdoro ni mengua?

R.—Sí; porque como ya dijimos, el castellano, al menos en sus orígenes, deriva principalmente del bable, y desde cierto punto de vista y en parte, aquella lengua puede considerarse como hija del mismo, porque es incuestionable que los primeros documentos romancesados aparecieron en Asturias.

COVADONGA

(Continuará.)

Reunión de Borbones en Viena

Del redactor de ABC en París, publicó este diario la siguiente información que copiamos literalmente:

«Con ocasión de la boda de don Alfonso de Borbón, hijo del conde de Caserta y de la difunta infanta Mercedes, se reunieron en Viena recientemente don Alfonso XIII y los príncipes Fernando de Borbón Sicilia, duque de Calabria, y Elías de Borbón Parma, como jefes y representantes legítimos de las ramas Borbón de España, Borbón Dos-Sicilias y Borbón Parma, para tratar, de común acuerdo, de diferentes asuntos y estudiar la conveniencia de establecer un estatuto familiar.»

Del retablo de Maese Pedro

Nuestro saladisimo colega *El Siglo Futuro*, al hacer la presentación del futuro regente tradicionalista, el Príncipe Javier de Borbón-Parma y Braganza, sobrino carnal de Doña María de las Nieves, después de encomiar la piedad y devoción del pretendiente a la Corona de Francia (como más próximo pariente del Conde de Chambord), afirma, muy en serio, que habla correctamente el castellano, que es, desde luego, el idioma familiar de la Casa de Parma.

Nosotros, para que nadie ponga en duda esta afirmación de *El Siglo Futuro*, que parecerá extraña a quienes recuerden que Parma está en Italia, y que los Borbones de esta rama aspiran a la Corona francesa, transcribimos, como prueba de la familiaridad que con el castellano tienen los Príncipes de Parma, la carta del Príncipe Renato, hermano de D. Javier, que publicó, hará dos meses, el propio *Siglo Futuro*, bajo la responsabilidad de F. de Contreras.

Hela aquí:

«Mon cher oncle: Je tiens à vous déclarer comme à mon chef de famille, que, je ne me preterai jamais à une usurpation des droits de mes aînés. Je ne suis que un cadet et je n'ai qu'une ambition, c'est que moi et mes fils, près de moi, nous suivrons la tradition de mon Père, qui fut fidele au principe de la Religion et de la Royauté légitime. En nous baisant la main, mon cher oncle, je vous prie de me croire être votre dévoué neveu.—René.—Paris, 113 Rue de la Faisanderie, 9, octobre 1933.»

Como se ve, este castellano es correctísimo, completamente cervantino.

Para nuestra tranquilidad de conciencia, y en honor de la verdad, hemos de decir que, sin du-

da, este castellano es el idioma que hablan entre sí los individuos de la familia Borbón.

Nadie dudará, pues, de lo identificado que está el Príncipe Xavier con la Causa de España. Pero, a pesar de ello, permítasenos formular la clásica pregunta de los romanos: *¿Cui prodest?* ¿A quién aprovechará la regencia de este españolísimo Borbón?

ACCION CATOLICA

Para el día de Pentecostés

El Consejo Central de las Obras Misionales Pontificias, celebró una reunión para organizar, atendiendo a los deseos del Papa, en toda España la jornada del Dolor, el día 31 de mayo, fiesta del Pentecostés.

En la misma reunión, el Consejo aprobó el opusculo de don José Artero sobre la historia, significación y celebración de la jornada, del que se hará una copiosa edición. También se preparó la edición de hojas y carteles artísticos, en número de ejemplares 20.000. Una tirada de 300.000 estampas para los enfermos, con la oración y meditación del día, que remitirán gratis a quien las pida a los Centros diocesanos y a la Oficina Central (Barbieri, 5, Madrid), y (Torija, 14).

Jesús Cora y Lira

Abogado

Horas: de 3 a 6

Piamonte, 12

Tel. 27471

MADRID

PAPELERIA IMPRENTA

PLAZA DE SANTO DOMINGO, 7. - MADRID

G. PEÑA

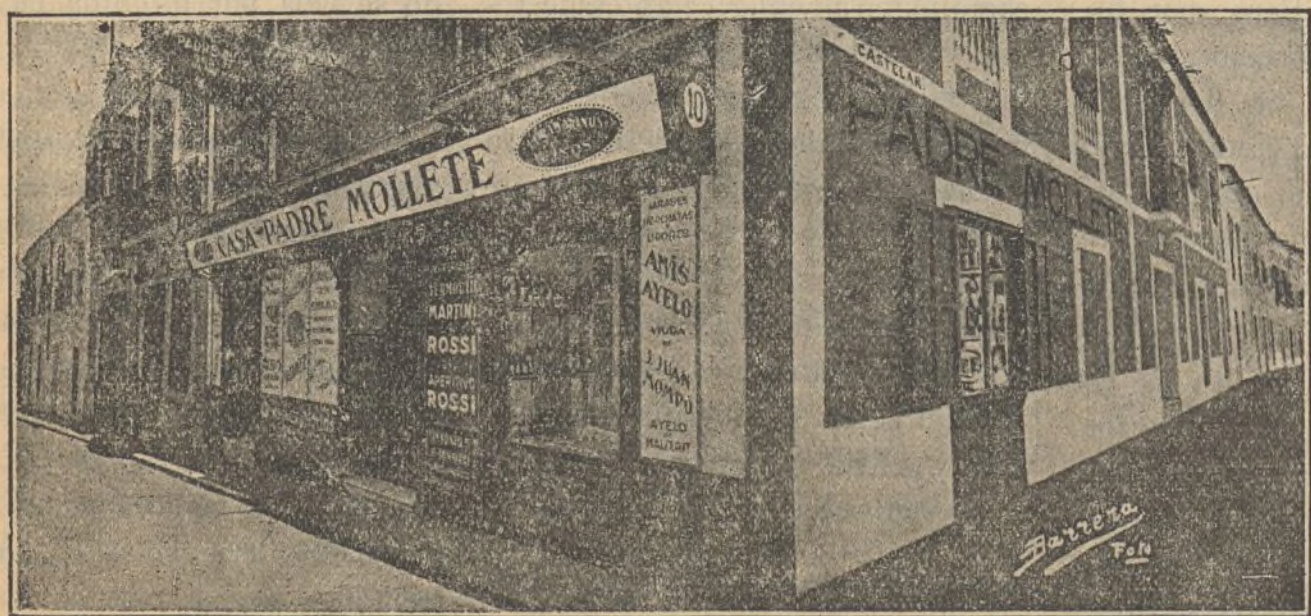
ESPECIALIDAD EN RECORDATORIOS DE 1.ª COMUNIÓN

PUBLICIDAD "SER"
ANUNCIOS EN GENERAL
TELÉFONO 123 MÉRIDA

EXCLUSIVAS: Teatros Cinema Norba, Cáceres; López de Ayala y Royalty, Badajoz; Carolina Coronado, Almendralejo; Sequeira, Olivenza; Central Cinema, Azuaga; Salón Moderno, Don Benito; Cine Trajano, Villanueva de la Serena; Calderón de la Barca, Montijo y María Luisa, de Mérida.

RESTAURANT

"PADRE MOLLETE" MERIDA



Este acreditado establecimiento es el más concurrido por los muchos turistas que visitan la histórica ciudad de los césares.

La Casa Padre Mollete

PUENTE, 10 Y CASTELAR, 1

La casa PADRE MOLLETE, institución tradicional en Extremadura, es obligado punto de turismo para comer en las rutas MADRID-MÉRIDA

La lección de las elecciones francesas

El resultado de las elecciones españolas había sorprendido hace un par de meses a la opinión mundial; no cabe negarlo: allí están, como otros tantos testimonios fehacientes, las ediciones de los grandes periódicos franceses, ingleses, alemanes de aquellos días, que con unanimidad revelan su asombro de aquel resultado imprevisto.

Hoy día el resultado de las elecciones francesas, y sobre todo el impresionante aumento de los votos comunistas en toda Francia, han producido idénticas reacciones en la opinión internacional, no ciertamente porque fuera improbable un avance izquierdista en Francia, sino porque nadie suponía que los comunistas recogerían en este país millón y medio de votos sobre una suma global de poco más de nueve millones de sufragios emitidos, teniendo derecho a una minoría de más de cien diputados si se aplicaban las reglas de la representación proporcional...

Esta catastrófica situación se debe, como bien se adivina, a alguna influencia que los comentarios políticos más sagaces no podían apreciar delante de su mesa de trabajo. Hay que recurrir para ello a una explicación que los franceses perspicaces no han tardado en descubrir, y que, de rechazo, puede servir para disipar las nieblas que aún envuelven los orígenes de la victoria izquierdista española.

Ha corrido con inaudita abundancia el oro extranjero en las cajas de los partidos extremistas, con una abundancia que estos tiempos de crisis económica no permitían sospechar, y no hablamos solamente del oro soviético, que no ha faltado ni por un solo instante durante la campaña electoral a los directores del partido comunista, sino también del oro de otras potencias europeas que, por razones diversas, quieren impedir que Francia logre escapar al atoladero en que se halla metida.

Los ingleses, manejados por los banqueros judíos, han querido cortar el paso a una «reacción fascista»—para emplear el vocabulario de moda—, reacción que hubiera podido muy bien ser un desastre para los innumerables judíos que se han adueñado de los puestos de mando en la nación francesa. Los alemanes, por su parte, tienen razones distintas, pero tan fuertes como las de los ingleses, para impedir que Francia levante la cabeza y sacuda toda esta sarna socializante, que debilita el país y hace imposible su resurgimiento.

Téngase en cuenta el aviso por lo que vale: la intervención extranjera, descarada o solapada, en la política interior de una nación sólo tiende a su ruina, a su envilecimiento y a su transformación final en un pueblo de siervos y de borregos.

París, 5 de mayo de 1936.

FRANCO

Don Arturo de Redondo

Cristianamente, como había vivido, falleció en Madrid, a los ochenta años de edad, el esclarecido carlista y cumplido caballero D. Arturo de Redondo y Carranceja.

Catedrático de la Facultad de Medicina de Madrid desde muy joven, consagróse, con verdadero entusiasmo, al cultivo de las ciencias médicas, en las que llegó a destacar extraordinariamente, siendo uno de los más brillantes profesores de esta Facultad, que con tantos sabios maestros ha contado siempre. En su larga carrera universitaria ha educado a gran número de generaciones escolares, siendo querido de cuantos desfilaron por las aulas de San Carlos, por el afecto con que distinguía a sus discípulos, por las grandes dotes pedagógicas que le adornaban y por lo sobresaliente de su cultura científica y la profundidad de sus estudios.

Pero si grande y destacada era su personalidad científica, aún nos interesa más, todavía, la personalidad política del Doctor Redondo. Nacido en cristianísima familia, en la castellanísima ciudad de Valladolid, era su espíritu profundamente cristiano, y su alma recia y firme en las creencias y en los sentimientos. Desde muy niño se afilió a la Comunión Carlista, y de ella no se separó jamás, dedicándole los esfuerzos de su actividad incansable con una fe y un entusiasmo que, por desgracia, van desapareciendo de las generaciones que hoy viven. Su nombre de luchador político quizá sea poco conocido de los correligionarios de hoy, porque D. Arturo de Redondo y Carranceja gustaba de cierta clase de actividades, que es fuerza que se desenvuelvan en la necesaria reserva, para el mejor éxito de la labor. Esto le llevó a mantener profunda amistad con carlistas del temple de Nájera, el heroico General castellano; de Sanz, Villar y otros muchos, que después de hacer una guerra de tres

años contra poderosos enemigos y de sufrir las calamidades de la emigración, aún soñaban constantemente con sueños bélicos, únicos de los cuales esperaban la salvación de la Patria.

Dicho se está, con esto, que don Arturo de Redondo intervino en cuantas conspiraciones carlistas hubieron de intentarse durante buen número de años, y aun ahora, viejo y caduco su cuerpo, pero joven y fuerte su espíritu, todavía alentaba en su corazón aquel mismo afán, que le hacía sufrir, pensando en que iba a morir sin que él y la Causa ofendieran a la Patria el sacrificio de sus abnegaciones. Viven muchos que saben de su participación en los sucesos que se preparaban en el año de 1898, y entre ellos era singularmente apreciado D. Arturo de Redondo por su firmeza y por su energía.

En la vida civil, no dejó de manifestar públicamente sus ideales y de defenderlos con un ardimiento propio de su temperamento recio, de castellano viejo. Entretuvole, frecuentemente, la labor periodística, a la que se consagraba con fe. Escribía con verdadero primor. Era un escritor en toda la extensión de la palabra, y escritor vibrante. En la prensa carlista, y singularmente en *El Correo Español* y en *El Cruzado Español*, quedan brillantes y numerosísimas pruebas de su talento y cultura y de su entusiasmo y lealtad. Intimo amigo de aquel otro sabio catedrático de la Universidad Central, el doctísimo Barrí y Mier, con Simonena, entonces carlista; con Alvarez del Manzano, con Palacios y con otros eminentes profesores, constituían una Peña de Catedráticos carlistas, sobresalientes todos en sus respectivas disciplinas, que contrarrestaban la labor descreída de krausistas y kantianos que pululaban por las cátedras de la Universidad madrileña.

Perteneció, como no podía menos, al Núcleo de la Lealtad siendo, además de uno de sus miem-

bros más destacados, uno de los más radicales iniciadores, con el General Nájera y con Cora y Lira, de la campaña en favor de los derechos de la Archiduquesa Doña Blanca como sucesora en el Trono, y entusiasta partidario de su hijo, el Archiduque D. Carlos. Las vacilaciones que últimamente vienen demostrando los elementos directores del Núcleo de la Lealtad, hicieronle abstenerse de actuar, partidario como era de la adopción de medidas radicalísimas contra el señor Duque de San Jaime.

No obstante la calumniosa imputación de «colaborador encubierto de la República sin Dios», de que la mala fe, juntamente con la estultez de ciertos elementos, le hicieron objeto, lo mismo que a otros caballeros leales, no guardó en su corazón odio ni rencor alguno, que no cabían en su alma cristiana, contra sus calumniadores.

Profundamente apenados por la pérdida de tan esclarecido carlista, al hacerla pública desde estas columnas enviamos nuestro más sentido pésame a sus hijos y demás familiares, y pedimos fervorosamente a Dios por el eterno descanso de tan querido e inolvidable amigo.

Leed y propagad

LA FE

A los Requetés de Madrid

En la cobardía ambiente en que se debate España en estos tiempos, que no hemos de calificar por razones que nuestros lectores, si son discretos, habrán de comprender perfectamente, no pueden dejarse pasar sin un elogioso comentario las actuaciones viriles y valerosas de quienes saben confesar su fe, religiosa y política, sin temor a las consecuencias de tal confesión.

Estas líneas de hoy queremos, porque es justo el hacerlo, dedicárselas a un grupo de jóvenes Requetés de Madrid, que, si no están encuadrados en nuestra organización, están demostrando no haber perdido el espíritu y las energías que crearon un hábito de prestigio alrededor del nombre, ennoblecido en mil acciones, de *Requeté*.

Saludémosles, pues, con cariño y admiración, ya que están demostrando que queda, aún, juventud, que, a pesar de las dosis de prudencia y de anestesia que les están propinando unos jefes políticos sin sentido y sin fe carlista, saben cumplir como buenos. Sus actos los acreditan como de los nuestros, aunque todavía pertenezcan a la organización del Tradicionalismo oficial. El espíritu y la fe que les animan son carlistas, y, para más comunidad de afectos y de sentimientos, estos bravos muchachos tienen cifradas sus esperanzas, como la juventud entera del Tradicionalismo Oficial en la juventud cristiana, valerosa y española, acendradamente carlista, del nieto de Carlos VII.

¡Muchachos: vaya un abrazo de hermanos en el ideal! ¡Y a seguir luchando por... Carlos VIII! ¡El, con la ayuda de Dios y con nuestros esfuerzos de españoles viejos, salvará a la Patria!

LA FE

ADVERTENCIA

Rogamos que toda la correspondencia dirigida a LA FE sea remitida a

San Bernardo, 17, 2.º, dcha.

SOBRE NUESTRO PROGRAMA

Por más que se diga y se repita, hay muchos tradicionalistas que, aunque digan que son defensores del Regionalismo y con cretándolo más, de los Fueros, no se dan cuenta clara de la trascendencia política de esta palabra.

Cien años de centralismo agudo han llegado a formar una especie de velo tupidísimo en las inteligencias y en los corazones, y no se acierta a ver por la generalidad la significación clara de la palabra Fueros.

Recuerdo que una vez pregunté a un valenciano qué le parecía que sucedería en el orden político y económico si triunfase el Jaimismo (era la época en que vivía don Jaime (q. d. g.), y el buen hombre no sabía qué responderme.

Lo mismo me hubiera sucedido, probablemente, si la pregunta se la llega a dirigir a un castellano o a un navarro tradicionalistas.

Pocos son, en efecto, los que se forman o tienen una idea clara, ni aun aproximada, de lo que son los Fueros y de la enorme repercusión que habrían de tener en la vida política, económica y social de España. Voy, pues, a hacer algunas consideraciones de orden económico en relación con los Fueros.

Ante todo, tengan en cuenta los lectores, que si triunfase el Tradicionalismo, y por lo tanto, se implantasen los Fueros, inmediatamente cesaría de ser Madrid el centro legislativo y gubernativo universal de España.

Se constituirían en cada una de las regiones las Cortes o Juntas generales, los Consejos o Gobiernos propios, e igualmente los Tribunales.

Madrid, pues, dejaría de ser ese pozo insondable donde van a hundirse los millones de expedientes que se tienen que instruir hasta en la última aldea de España si se quiere mover un dedo, matando en flor todas las iniciativas.

Ya no podría ser Madrid el punto donde se reuniesen unos cuantos diputados de Galicia y otros tantos o más de Andalucía para opinar, discutir y resolver acerca de asuntos y negocios de Valencia; a unos cuantos catalanes, extremeños o murcianos para hacer lo propio con los de Vasconia o Aragón.

Ya no habría de haber ministros que hicieran lo que les viniera en gana acerca de todo lo que les pluguiese, como los hay ahora; ni habían de subsistir esos inmensos centros burocráticos, en los que por su misma inmensidad, pueden pasar incluso desapercibidos, tantos y tantos ineptos, vagos, enchufistas y paniaguados, verdaderas sanguijuelas, que vienen desangrando a España.

Madrid, en una palabra, deja-

ría de existir como centro absorbente de todas las actividades de la nación.

Y surgirían en cada región las Cortes regionales, integradas por representantes auténticos de los trabajadores manuales del campo y de la ciudad; de los industriales, comerciantes y terratenientes, y por fin, de los ingenieros, maestros, médicos, en una palabra, de todos los que se dedican a las profesiones liberales.

Estas Cortes legislarían sobre cuestiones económicas, agrarias, hacendísticas, políticas, sociales, etc., sin más límite que aquello que fuese necesario para la subsistencia de la Confederación española, es decir de España como nación.

Y surgirían también los Gobiernos regionales, cuyos miembros designaría el Rey, extrayéndolos de las listas de los hombres más distinguidos y notables por sus conocimientos y ciencia y experiencia en los diversos ramos del saber humano relacionados con la cultura, economía, hacienda, etc., de un pueblo.

Pues bien; supongamos que se presenta en una Región el problema del trigo. ¿No tratarían de él, y no lo resolverían mucho mejor los diputados y el Gobierno de la misma, que los de toda la nación? Es evidente que sí.

Supongamos, igualmente, que se trata de la Reforma Agraria. ¿Quiénes han de conocer si es necesaria o no en una región, y si lo es, en qué grado y en qué forma hay que realizarla, mejor que los diputados y gobernantes de la misma?

Se trata de que en una comarca de una región determinada hace falta una carretera. En la actualidad no existe más remedio que pedirle a Madrid. Como en Madrid caen peticiones diarias que forman montañas de papel solicitando lo mismo para otras comarcas y regiones, ya se sabe el resultado. Viajes, comisiones, recomendaciones, buenas impresiones... y pasan los meses, y pasan los años... y en la mayor parte de los casos la carretera no se consigue. Pero sirve de magnífico motivo para que en una lucha electora y en otra más, los candidatos hagan promesas y juramentos de que si se les dan los votos que necesita para triunfar, él la conseguirá en cuanto tome posesión de su encaño en el Congreso.

En cambio, si se tratase de un Gobierno regional, la carretera se llevaría a efecto en cuanto se demostrase su necesidad. Citamos esos casos, como podríamos otros mil de orden social, cultural o de cualquiera otro.

Y la razón es clara.

Una vez constituidas las Cortes regionales, no tendrían éstas más remedio que ocuparse y legislar acerca de los asuntos, ne-

gocios y necesidades de su propia región; y como, por otra parte, habían de conocerlos y sentirlos, puesto que habían de ser de ella, necesariamente habían de ser bien tratados y examinados.

El Gobierno o Consejo, por otra parte, ¿qué remedio le quedaría si no procurara gobernar lo mejor posible, teniendo tan cerca de sí los problemas y pudiendo conocerlos tan fácilmente?

En la actualidad, un ministro, como lo es de toda la nación, tiene que fiarse de los informes que le den los subordinados (gobernadores, directores, subdirectores, jefes de Negociado, etc.), acerca de los asuntos que tiene que resolver, porque a él no le queda tiempo material para enterarse con algún detalle ni aun de un tres por ciento de los asuntos que van a parar al Departamento que dirige. Así es que si acierta, lo hace, por casualidad.

Eso en el supuesto de que se trate de un ministro laborioso y que quiera obrar con rectitud. ¿Pero no sabemos todos lo que suele ocurrir generalmente?

En primer lugar, el ministro es un hombre de partido, y tiene que procurar complacer a los correligionarios en todo lo que puede... y en lo que no puede.

En segundo término, sólo el Congreso del que depende le lleva la mayor y mayor parte del tiempo, pues tiene que estar preparándose constantemente para replicar lo mejor posible a sus contradictores y adversarios políticos.

Y, por último, como hombre que es de partido, lo mismo puede estar encajado en el ministerio de Marina, siendo abogado... o no siendo nada, que el ministro de la Guerra, cuando no tiene idea de lo que puede ser la pólvora.

Tengan, pues, presente los tradicionalistas, que si llega a triunfar el verdadero y auténtico Tradicionalismo, las Regiones se regirán y gobernarán a sí mismas por medio de sus Cortes y de sus Gobiernos (constituídos en la forma que hemos apuntado) y que Madrid, ese Madrid *c a v e r n a* (¡esa sí que es caverna!) de infinitos ladrones, sinvergüenzas, chupópteros y paniaguados, que están arruinando a España, habrá acabado.

El Rey tendrá (donde lo crea conveniente) un Ministerio y un Gran Consejo para el gobierno de la Confederación, es decir, que se ocuparán de aquellas cosas comunes a la Confederación, como son el Ejército, la Marina, las relaciones exteriores, las relaciones entre las Regiones y nada más. Porque acerca de todo lo demás regirán soberanamente las Cortes y Gobiernos Regionales, con el Rey, que será uno y mismo para todas ellas.

GUEMBE.

¡¡POR FIN!!

¡Ya era hora de que el Carlismo se purificase! Pero, por fin, llegó su hora. El Directorio de la Comunión Carlista ha llegado a conseguir en el poco tiempo de su brillante actuación lo que en tantos años no se había llegado, no digo a conseguir, ni aun a iniciarse siquiera.

La purificación Carlista ha venido por sí sola; ha bastado la formación de su Directorio para que todos nos hayamos conocido. ¡Cuántas sorpresas! ¡Cuántos desengaños! ¡Cuánto oropel! ¡Cuánta escoria! ¡Cuánta mentira...!

Los idolillos encumbrados por el caciquismo puebleril han caído rotos, y al ver sus pedazos por el suelo, todavía son humedecidos por las lágrimas de cocodrilo de algún estómago agradecido, al ver que no tardará la escoba en cumplir su cometido.

Esos idolillos aldeanos, que todo su cometido por la Causa se reducía a pasar su vida diciéndole que eran Carlistas, pero que en cuanto se presentaba la ocasión de demostrarlo con los hechos, el Carlismo no se veía por ninguna parte, ya han sido desenmascarados, ya nadie cree en ellos, ni aun los que se creen obligados a seguirles por agradecimiento...

Lo que tenía valor en el Carlismo sigue enviando adhesiones al Directorio y a *La Fe*: todos estamos unidos a ellos por el único y verdadero ideal. Los que se pueden quedar no nos interesan.

¡¡Por fin los hemos aislado!!

¡¡Bendito sea Dios!! ¡¡Ya era hora!!

TRESENUNO.

GRÁFICAS SÁNCHEZ-LARRA, 13.

Visado por la censura